

EDITORIAL

El portavoz cultural en el mediterráneo contemporáneo

GEHCI

El Grup d'Estudis d'Història de la Cultura i dels Intel·lectuals (GEHCI) viene planteándose, desde mediados de 1998, el análisis diferenciado de los portavoces culturales contemporáneos como elemento destacado del estudio de las dinámicas culturales generales. Muchos de sus miembros participan directamente y el resto colabora asiduamente en el proyecto sobre los portavoces culturales en el Principado dentro del III Plan de Investigación de Cataluña.

La mayor parte de nosotros hemos trabajado de forma habitual con las fuentes periodísticas y algunos han realizado monografías sobre una publicación (casos de Emili Bayón, Susanna Tavera, Jordi Llorens o Antoni Guirao, por ejemplo). En esta fase de ahora, sin embargo, de lo que se trata es de reflexionar colectivamente sobre el papel que juegan los portavoces culturales en las dinámicas culturales contemporáneas.

Nuestro campo específico de análisis es el catalán contemporáneo; pero, desde siempre, nuestro marco general de referencias y comparaciones ha sido el espacio mediterráneo. Desde 1998, el GEHCI ha venido animando una red interuniversitaria titulada «Història cultural comparada de l'espai mediterrani». Este número monográfico de Cercles constituye un reflejo más de esta vocación «comparatista» de nuestros trabajos de equipo.

En el GEHCI hemos discutido a menudo los problemas derivados de la «regionalidad» de los estudios históricos, tema que nos preocupa más allá de la comprensión de nuestra área de trabajo como un espacio nacional

culturalmente independiente pero dependiente en el plano político de otra estructura estatal. Lo cierto es que aún no hemos hallado respuesta satisfactoria al método de comparación que debería abordarse tras acordar el grado, el alcance o la periodicidad de las interdependencias que se intuyen a escala supralocal regional, nacional, continental... De todos es sabido que el periodo contemporáneo ha empequeñecido el mundo de forma tan rápida como irreversible; el progreso tecnológico ha servido a una mayor y más veloz transmisión de creencias, gustos, ideas y estrategias, con lo que las dinámicas culturales han visto diluir sus fronteras a tenor de la imposición de estas modernas simultaneidades. No obstante esta tendencia universal, el periodo contemporáneo ha visto como al mismo tiempo se mantenían las formas de cohesión y los ritmos culturales (y políticos) particulares; ha visto, incluso, como estos particularismos se extremaban en forma de resistencias a la uniformización o como respuesta a la sentida necesidad de preservar la cohesión-seguridad que siguen sintiendo los individuos y los grupos pequeños como un elemento imprescindible de su existencia (pervivencia).

La reflexión sobre el objeto de nuestro trabajo se ha orientado, forzosamente, a determinar que cosa podía entenderse como portavoz cultural. Podemos referirnos a Georges Sorel, cuando con su contundencia de sociólogo en 1907 afirmaba que «El periódico hace periodismo; las revistas hacen cultura; no deben confundirse sus respectivas funciones». Con todo, algunas secciones de periódico han nacido o acabado por tener una indiscutible vocación de portavoz cultural, la distinción entre revista i periódico representa una primera forma de diferenciación.

El «hombre de revista» presenta una indiscutible vocación sociológica de filósofo: parte de los grandes corpus teóricos o de las ideologías fuertes e intenta contrastarlas con el sentir de un grupo lector al que considera en sintonía con sus preocupaciones de fondo. Lo que pretende es llevar la reflexión sobre los grandes conceptos al análisis de los hechos concretos, con una indiscutible voluntad ordenancista, moral, tan característica del comportamiento del intelectual contemporáneo. Desde esta perspectiva, aunque en ocasiones coincidan en el mismo individuo, aunque a menudo el lugar donde publican se confunda por su similar formato, el hombre de revista difiere fundamentalmente del periodista, este historiador del instante presente obligado a una mercantilización y profesionalización crecientes.

Entendidas como portavoces culturales, las revistas son a un tiempo vehículo e índice del proceso de democratización de la vida cultural y política de una área determinada. Como espacio de creación individual o colectiva, como plataforma de imposición de ideas y de gustos, las revistas pueden diferenciarse en generalistas y/o especializadas, de alta cultura o de divulgación, portavoces de un grupo o militantes de un partido o no; en este último caso, las revistas pueden ser catalogadas por el alcance, la resonancia y la difusión que alcanzan; y, aunque compartan con el periódico la progresiva necesidad de convertirse en empresa cultural, las revistas pueden hasta muy adelante presentarse como la creación de un individuo (que deja alma, tiempo y dinero en el empeño) o a lo sumo de un grupo reducido de estos intelectuales sociólogos.

A pesar de esta dimensión más «individual», las revistas también puede ser vistas como instituciones de creación cultural de grupos más o menos homogéneos. En este sentido debemos considerar las revistas culturales como un caso especial de espacio de sociabilidad intelectual. Se trata de plataformas que fomentan la creación de grupos, que ayudan a establecer jerarquizaciones internas y a fomentar los recambios generacionales y que concretan las fronteras que separan a un grupo del resto. Además, con estos vehículos colectivos, los intelectuales contemporáneos ponen a punto los instrumentos que facilitarán su propensión natural al intervencionismo político. Desde esta perspectiva, los portavoces culturales deben ser considerados como la «fábrica de ideas» imprescindible para que se concreten los procesos contemporáneos de democratización política.

Los portavoces culturales constituyen un caso muy especial de periodismo. La posmoderna teoría de la recepción literaria de Hans Robert Jaus (1967) se cumple en ellos también de forma bastante especial. Su proliferación, hasta su misma existencia, no depende del grado de alfabetización general; tampoco depende de la capacidad y propensión empresarial cultural de su entorno; y hasta podríamos llegar a pensar que no depende, tanto como el periodismo, de la legislación estatal en materia de prensa, edición y libertad de expresión. Los poderes menos permisivos comprenden enseguida que estas publicaciones tienen un público muy restringido y las consideran de una «peligrosidad» menor. Finalmente, su mayor o menor difusión no es un indicativo del grado de integración

territorial moderna del espacio donde se desarrollan (la que permitirá la moderna distribución del periódico), ni de su periodicidad o de sus tiradas.

Benjamin Disraeli pudo hablar a mediados del ochocientos de los partidos políticos como de la «opinión organizada» porque se refería a la Inglaterra de la institucionalización parlamentaria. En el espacio mediterráneo de la época, la organización de la opinión fue incompatible con la inestabilidad institucional y política general. Los portavoces culturales fueron las más de las veces los «partidos» que no podían subsistir en otros espacios, más allá de las pirámides oligárquicas de representación parlamentaria. Es por este motivo que el estudio de los portavoces culturales mediterráneos de la etapa previa a la Primera Guerra Mundial tiene una relevancia y significación añadidas.

Los materiales que ahora presentamos se detienen en el estadio de la simple yuxtaposición de temas y casos referidos a las distintas experiencias regionales. Sin embargo, no descartamos la visión comparativa y es por ello que los entendemos como una avanzadilla de esta elaboración posterior de la que esperamos espléndidos resultados.

Hemos procurado que el conjunto de artículos del presente número permitiese reflejar esta compleja diversidad de aspectos y funciones del portavoz mediterráneo, intentando ofrecer una muestra significativa de los diversos ámbitos. Así, es posible establecer la importancia de las revistas y portavoces culturales durante el tardofranquismo en la gestación de las culturas políticas democráticas, tanto castellana como catalana. La conversación con Llorenç Gomis ilustra en mucho sentidos las características y la actividad de los intelectuales en aquel período. Los artículos de Juan Francisco Fuentes sobre las relaciones entre la prensa y política y de Carme Ferrer sobre la elite cultural catalana que se expresa a través de la revista Serra d'Or, precisan las vías por las que se fragua la nueva cultura de la transición. Sebastià Serra señala el desarrollo de la prensa cultural en un medio tan específico como es el mallorquín. Las tres contribuciones italianas parten de un estudio sobre algunos de los portavoces más significativos en los inicios del novecientos y de la plasmación de la corriente positivista. Para el caso francés, Catherine Valenti se aproxima a la crisis de mayo de 1968, a través de su repercusión en un medio paradigmático como es la Revue des Deux Mondes. En el presente número también hemos prestado atención a dos

ámbitos mediterráneos, poco conocidos en nuestro medio, como son el portugués, estudiado aquí por Manuel Loff, y el griego, objeto de estudio de Roberto Rodríguez.

Esperamos que en su conjunto la presente entrega de Cercles sea una contribución para ubicar en un marco amplio, como es el de los países mediterráneos del sur de Europa, la investigación iniciada en el medio catalán, a la vez que una incitación para la profundización en el estudio de los portavoces.